



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 27.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo; núm. 15.

SUMARIO.

El dedal, por Felicia.—**Una herencia de llanto**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Á un joven poeta**, poesía, por D. J. A. Sofia.—**Solo un Dios y solo un culto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL DEDAL.

La criada barria la sala de la escuela gratuita; las partículas de polvo bailaban al sol; el viento agitaba las canas de la pobre vjeja, cuyas arrugas se coronaban de una plateada aureola. Aprovechándose las alumnas de la momentánea ausencia de la directora, se levantaron tumultuosamente, arrojaron sus utensilios de costura y gritaron en coro:

—¡Fuera dedal! Es nuestra pesadilla, nuestro tormento, nuestro verdugo. ¡Fuera, fuera!

Y los dedales rodaron por el suelo, sin saber en dónde refugiarse, perseguidos por implacables puntapiés.

—Juicio, locuelas, dijo la anciana sirvienta dando escobazos sobre los revoltosos piececillos. Por lo mismo que os quiero, no os permito despreciar el dedal.

—Ese instrumento del trabajo mezquino fastidioso y humillante, tiene en tí, Mónica, una digna partidaria. Si nos subleváramos contra los libros no tomarías el asunto con tanto calor.

—Os burlais, tontuelas, y no debo quejarme, contestó Mónica apoyándose en su escoba como un soldado en su fusil. También yo desdené el dedal en *mi tiempo*, desconociendo su importancia doméstica. Ufana con mi lindo palmito, envanecida con los agasajos de mis mayores, creíame nacida para reír siempre y no trabajar nunca, á pesar de carecer de bienes mi familia.

—¿Es posible que una viejecita como tú haya sido bonita, Mónica?

—Tan posible como que vosotras sereis feas algun dia, majaderas. Aunque la juventud parece eterna en la niñez, la vejez se adelanta como la nube que va rodeando al sol hasta llegar á cubrirlo del todo. Pero el sol, chiquillas, vuelve á resplandecer, y la edad florida no renace cuando se ha perdido. Así me lo decia mi madrina de bautismo, sin que yo la creyese más de lo que vosotras me creéis á mí. Mimada por mis padres, me obstinaba en desoir la voz de la razon. ¡Cuán desgraciados son, oh, niñas, los padres pobres que en lugar de robustecer las fuer-

zas de sus hijas las destruyen con la molicie del regalo, imposibilitándolas para las luchas de la adversidad! ¡Ah! ¡sí, son muy desgraciados porque hacen infelices á las criaturas á quienes desean hacer dichosas!

—Segun eso, ¿creciste, Mónica, entre flores?

—Crecí entre comodidades superiores á los recursos de mis deudos. Colmábanme ellos de caricias y presentes, seducidos por mi gentileza. Más fácil es dar un beso y una cinta, que consejos útiles á quien los recibe con disgusto. Solamente mi madrina persistía en censurar mi descuidada educacion. «Ya que no la instruyes intelectualmente, aficiónala á las modestas labores que ayudan mucho á la mujer sin riquezas,» decia á mi madre, que se enfadaba oyéndola. Mi buena madrina predicó en desierto sus sermones de moral. Cumplí veinte años sin pensar en otra cosa que en los obsequios con que festejaban mis parientes y amigos mis natales.

—¿Te regaló entonces algo la madrina regañona?

—Un dedal, curiosillas.

—¡Primorosa fineza!

—Toma, díjome con intencion; no te lo doy de oro, porque los dedales muy caros trabajan poco, ni de cobre ó acero, porque los dedales muy baratos trabajan demasiado. Te lo he comprado de plata como símbolo del término medio que separa la ociosidad de la fatiga excesiva y abrumadora. Este dedal indica la suerte que para tí espero de la Providencia; la de activa, industriosa y honrada madre de familia.

Léjos de apreciar el buen deseo de la mujer excelente que así me hablaba, tiré el dedal á un lado con desprecio. Hallólo una criada olvidado en un rincon, y recogiénolo, lo guardó en mi armario.

No obstante los defectos que me habia comunicado la mala crianza, permaneció mi corazon bastante puro y sano para merecer el amor de un jóven generoso. Mauricio, cuya fortuna se reducía á su inteligente laboriosidad, se figuró que una vírgen humilde le convendría más que una señorita encumbrada. Ignoraba que hay doncellas pobres de tantas exigencias como las ricas, á quienes la palabra *matrimonio* no inspira ideas de grandes y recíprocos deberes, sino de holgura y comodidades obtenidas á costa de los sacrificios del afanado esposo.

De este modo comprendia yo la asociacion conyugal. Aunque á Mauricio amaba, encontraba natural y justo que se matase trabajando para que yo gozase. En vez de agradecer su abnegacion, me repetía á mí misma con ingratitud: ¿Acaso es mi marido el único que trabaja? Otros

se afanan más que Mauricio y tienen á su esposa mejor de lo que él me tiene á mí.

El nacimiento de una hija dió aumento á mi displicencia. La necesidad de lactarla, por haberme Mauricio indicado su imposibilidad de pagar ama de cria, me puso de pésimo humor. ¿Para esto me he casado? murmuraba cuando perturbaban mi sueño los gritos de la niña. Entonces Mauricio, venciendo el quebranto de sus fatigas diarias, se levantaba presuroso, la sacaba de la cuna y la paseaba con la paciencia de un santo.

—¿Lloras, Mónica?

—Lloro pensando en lo mucho que puede aprender una educacion indiscreta; lloro recordando mi antigua locura. Indignada contra Mauricio porque me obligaba á cumplir con mis obligaciones, juzgando indigno dueño de mi hermosura al hombre que sudaba sangre para sostenerme con decoro; me asomé á los balcones de mi casa, lanzando á los transeuntes miradas de coquetería. ¡Ah! Dios no perdona al ingrato que, poseyendo la felicidad, la desdeña impiamente.

Tocó un día á mi puerta un vendedor de gorritos y camisitas de batista bordada que tentaron mi afecto materno. Probé algunos á Malvarosa, nombre que diera yo á mi hija por su tez suave y sonrosada, y me pareció tan linda, que exclamé con resolucion: Aunque se oponga Mauricio, obstinado en ponderar su horror á las deudas, á los empeños, á cuanto pueda disculpar su mezquindad, he de comprar galas á mi angelito.

Revolviendo, á continuacion, la gabetá que guardaba mi escaso peculio, tropecé con el dedal de mi madrina. Su vista me impresionó de una manera que siempre he calificado de providencial. Ofreciéndose á mi memoria los anatemas de la mujer prudente contra la holganza; sus loores de las cualidades laboriosas y previsoras que debe poseer la buena madre de familia, murmuré confusa:—¿No podría yo hacer y bordar la ropita de Malvarosa? ¿No me conduciré más sensatamente ayudando á mi marido que arruinándolo? Y cogiendo el dedal me puse á trabajar con animacion.

¡Qué buen dedal aquel, niñas mías! Comunicaba á la aguja una rapidez extraordinaria, y al corazon un bienestar delicioso. Mauricio, en lugar de encontrarme asomada al balcon me halló cosiendo junto á la cuna de nuestro serafin. Revelóme su alegría cuanto lo habian entristecido mis necedades. Sus facciones, imágen durante largo tiempo de quien padece sin esperanzas de alivio, perdieron su melancólica rigidez. Cesando, entonces, mi injusta irritacion contra él, me asustaron los estragos causados por el cansan-

cio y los disgustos en su delicada constitucion. Yo estaba extraviada y no pervertida. Me arrepentí, pues, con sinceridad de mis desvaríos, prometiendo repararlos con mi enmienda.

Horas despues, la noche nos impuso la ley del sueño. Desvelada en mi lecho, me impedía descansar un rumor semejante á la suave queja de las almas nobles y sufridas. Á través del silencio nocturno, oía el roce, sobre el papel, de la pluma de Mauricio, que velaba para que se aumentase el bienestar de su familia. De noche adquieren todos los errores pavorosa magnitud. La certidumbre de que mi compañero sacrificaba su vida al sustento de la mia, derramó un frio mortal en mis venas. La sorda tos que brotaba de su pecho me arrancó gemidos agudos. Arrojándome de la cama, caí á sus pies repitiendo:—¡Perdon! ¡perdon!...—¿De qué? me preguntó el generoso jóven con la indulgencia de las índoles superiores al resentimiento.—De haberte perjudicado y afligido, en vez de haberte ayudado y consolado; de haber negado tus bondades en lugar de haberlas reconocido y proclamado con gratitud infinita!....

Detúvose la voz de mi arrepentimiento; Malvarosa lloraba..... Corrí á mecerla y no permití que su padre se encargase de asistirla. El dedal de mi madrina me enseñaba las obligaciones maternas. Con las nubes de mi razon desaparecieron las ingratitudes de mi pereza. Mi dedal hizo prodigios. ¡Puede tanto la buena voluntad! El tiempo que antes me faltaba para dar una puntada, llegó á sobrarme para todos mis quehaceres. Despedí á la costurera, que me costaba muchos duros mensuales; economizando en mis hogares, economizaba la salud de mi esposo. Motivo habia para que me ocupase de su conservacion. Su endeble organismo se resentia del exceso de sus afanes. Su enflaquecimiento y su desgana me indujeron á visitar la cocina, en cuyo recinto no me habia dignado imprimir la planta. Al inspeccionarla descubrí las sisas de la cocinera, reduje los gastos sin disminuir los platos de mi mesa, y goce del placer legítimo que inspira á las personas sensatas el cumplimiento de sus deberes.

—¡Qué contento se pondria tu marido, eh Mónica!

—Tan alegre se puso, ¡oh chiquillas! que su regocijo me avergonzó. Para experimentar semejante alborozo era preciso que lo hubiera creído fuera de su alcance. Privado Mauricio, por los médicos, del trabajo nocturno, gastaba lo menos posible en sí mismo. El temor de tener que recurrir al bolsillo de sus amigos lo perseguía como un fantasma horrendo. Una mañana

vertí lágrimas de angustia viéndole salir á la calle miserablemente vestido. Habia llegado mi hora de amar, y cuando la mujer ama de veras, ama infinitamente.

Un sonido metálico me sacó de mis penosas meditaciones. Mi hija jugaba con el dedal de plata, el dedal de la clase media, el dedal de la mujer industriosa. Mi madrina me hacía desde el cielo advertencias providenciales. Recogí el dedal querido, lo besé con devocion y cosí afanosamente para Mauricio. Mi mano inexperta no sabía cortar ropa de hombre; mi enérgico deseo me iluminó en el particular. Descosí una levita vieja, corté otra por ella, y gracias á mi perseverancia, conseguí por pocos duros una prenda que valia mucho más.

Justamente en aquellos dias convidaron á Mauricio á una fiesta amistosa. Le aconsejé que aprovechase la ocasion de distraerse, y me respondió con amargura:—No tengo con qué vestirme decentemente. Trémula entónces de júbilo, coloqué ante sus ojos las prendas de que se suponía desprovisto, brillantes, nuevas, llevando el sello de mi esmero conyugal. Y Mauricio me bendijo alzando la mirada al cielo. Y yo bendije el dedal que me atraía su bendicion.

¡Ah! Funesto es lo que me resta por decir. Los remedios tardíos sirven de poco. La secreta agonia de mi esposo al principio de nuestra union, habia minado fatalmente su existencia. El desgraciado se eticó. Mi dedal me proporcionó medios de atender á su enfermedad. Mauricio recomendó su familia, en nombre de la caridad cristiana, á un acaudalado amigo suyo, y al cumplir Malvarosa seis años, falleció su padre.

—Pero el amigo rico no te abandonaria, Mónica, exclamó ansiosamente el auditorio juvenil.

—Costeó mi subsistencia ínterin no cesé de repetir anonadada, trastornada, enloquecida: ¡Murió mi buen compañero; murió! Despues sus dones cesaron poco á poco, y yo desesperada no sabia que partido adoptar cuando mi mano que se crispaba á impulso del dolor tocó maquinalmente mi olvidado dedal.

Su contacto, despertando en mi alma los recuerdos del trabajo, me salvó. Recobré el valor, moví la aguja con tal perseverancia, que además del pan de mi tierno vástago, gané la amistad de señoras influyentes, las cuales, dolidas de mi situacion me enviaron con frecuencia dinero, alimentos y adornos para Malvarosa.

Creció la niña dotada de portentosa belleza, fundando mi imaginacion maternal en sus atractivos, esperanzas magníficas. Como por mucho que nos modifique la experiencia siempre con-

servamos vestigios de nuestra primera educacion, me reia de su aversion al dedal, atribuyéndola á presagio de futuras prosperidades. Y como ya no estaba allí Mauricio para estimular mi razon, crié á mi hija en la indolencia y la ignorancia, segun mis padres me criaron á mí.

Una mañana ví con horror que en la mano de Malvarosa, pimpollo ya de quince abriles, una sortija de diamantes habia reemplazado al dedal. La interrogué y se enfadó: arrojé la sortija á la calle y osó decirme: Iré tras ella. Así lo hizo la desventurada, desapareciendo de mi lado, dejándome sin valor para vivir sola con el dedal, representante severo de la vida afanosa y paciente que ahuyentaba á mi retoño. Abandonarlo en mi posicion, equivalia á admitir las degradaciones de la mendicidad. ¡Ay! ¿Qué me importaba ya todo desde que se marchitara la flor de mi seno? Primero por desesperacion y luego por costumbre, imité á las infelices cuyas ocupaciones se reducen á vagar de casa en casa, narrando cuitas y pidiendo limosnas. Mauricio hubiera padecido atrocemente si á traves de la losa sepulcral hubiera visto convertida, á su mujer en mendiga, á su hija en la miseria. Amad el dedal, niñas pobres, ú os expondreis á terribles desventuras.

Algunos años trascurrieron sin que descubrieran mis investigaciones el paradero de Malvarosa. Una tarde la hallé al fin en la calle, ébria y desmelenada, vendiendo billetes de loteria. Las viruelas la habian robado sus encantos y su pasada hermosura, y la indigencia la habia envilecido asquerosamente. Sólo el dedal puede regenerarnos, hija desdichada, la dije sollozando. Recobremos la paz que no existe lejos de la virtud. ¡Trabajemos, trabajemos!

Malvarosa quiso obedecerme y la fué imposible. Criada en la ociosidad, aborrecia el dedal intensamente. Cierta noche lo pisoteó enfurecida, y á la mañana siguiente apareció muerta en su lecho. ¡Se envenenó!

Ignoro lo que me sucedió á continuacion; pero recuerdo que desperté de un delirio horrendo en el hospicio público. Allí languidecia torturada por memorias insufribles.—¿Qué desea V., pobre mujer? me preguntó leyendo una peticion en mis ojos la enfermera, benévola hermana de la Caridad.—¡Dedal y aguja! respondí febrilmente. Quiero zurcir la ropa de las otras enfermas, mientras me obligan mis males á permanecer aquí. ¡Quiero alcanzar, trabajando, el perdon de Dios!

Mi conducta interesó de tal modo á la digna hermana, que para evitar á mis pupilas nubladas por el llanto y la edad el trabajo de la cos-

tura, me colocó de sirvienta en esta casa. Ha mucho tiempo que la habito y que ruego diariamente por el alma de la jóven cuya locura la hizo preferir al honrado dedal el suicidio cobarde!

Concluido su relato, volvió Mónica á mover la escoba, y volvieron los átomos de polvo á bailar al sol, y continuó el cefirillo formando con las hebras plateadas de la anciana, á su pálido rostro, una aureola respetable como el arrepentimiento, la paciencia y la resignacion. Mónica no refirió su historia inútilmente. Las alumnas de la escuela gratuita, fuertemente impresionadas, á porfía recogieron sus dedales.

Felicia.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuacion).

Entretanto, la cena habia terminado, D. Diego se habia retirado á su estancia, y Carlos y Rafael se habian separado, despidiéndose hasta el dia siguiente.

Doña María tambien, apoyada en el brazo de una sirvienta, habia llegado á su dormitorio, muy próximo al de su hija.

—Vete á recoger, Ana, dijo á la jóven; vete á recoger que me desnudaré sola.

—¿Pero no quiere V. que yo....?

—No, no, déjame aquí, y si te necesito te llamaré tirando del cordon de la campanilla.

La doncella salió y la anciana quedó sola.

Un instante permaneció indecisa.

Quería elevar á Dios las postreras bendiciones y las postreras súplicas de aquel dia, y un impulso secreto separaba su pensamiento del cielo para fijarlo en Adriana.

—¡Oh! voy á ver si se ha recogido, si está mejor; dijo decidiéndose al fin, no podria entregarme al sueño sin verla antes.

Y extendiendo los brazos adelante, dió algunos pasos, y se encaminó lentamente á la habitacion de la jóven.

Cuando se acercó á la puerta, prestó atento oido; pero ni el mas leve rumor llegó hasta ella, entre el silencio que la rodeaba.

Adelantó enmedio de la eterna noche que la envolvía, y se encaminó al lecho de su hija, diciendo á media voz y con acento quedo:

—¡Adriana! ¡Adriana! ¿duermes?

Nadie la respondió.

Entonces escuchó con mas atencion, procurando percibir la respiracion de la jóven, si ésta dormia.

Peró nada oyó tampoco.

Un doloroso presentimiento se apoderó de su corazón, y con mas prontitud de la que su falta de vista la permitia, caminó á la ventura, procurando hallar el sitio que ocupaba la cama de su hija; pero antes de llegar á ella tropezó con un objeto, y estuvo á punto de caer en tierra.

Bajóse rápidamente, y alargando sus manos con afán, tocó el cuerpo inanimado de la pobre niña, que aun yacía sin conocimiento.

—¡Hija! ¡hija mia! gritó D.^a María con acento desesperado; ¿qué tienes? ¡Oh! ¡si estará muerta! balbuceó despues helada de espanto.

Peró un ligero movimiento de la jóven, le vino á mostrar que su terror era infundado.

Entonces, con un delirio apasionado y anhelante, cogió entre sus brazos la pálida cabeza de Adriana, cubriéndola de besos y llamándola con los nombres mas dulces y mas tiernos.

Del pecho de la jóven se escapó un hondo y prolongado suspiro.

—¡Vuelve ya! exclamó la pobre madre llena de esperanza y alegría; vuelve ya en sí; ¡oh! ¡si pudiera llamar!

Adriana escuchó sin duda estas palabras, pues murmuró con acento apenas perceptible:

—¡No, no por piedad!

—¿Que no llame? y ¿por qué? si estás mala, si necesitas socorros....

—¡Oh! no, repitió Adriana; no quiero que sepan.... no quiero que vean....

—Peró, ¡hija mia...!

—¡Ay! calle V. por Dios, prosiguió la jóven; sospecharian que lo he oido todo, y yo no quiero..

La anciana comprendió que allí se encerraba algun secreto que ella aun no entendia, y esperó que Adriana pudiera decirla la verdad.

Ésta, por su parte se habia incorporado, y procuraba reunir sus recuerdos y aclarar sus ideas, trastornadas aun por su desmayo.

Cuando ya estuvo algun tanto repuesta, y cuando sus lágrimas pudieron correr al fin en el seno de su madre,

—Vamos, la dijo la anciana; habla, ¿qué te aflige así? ya ves que no he llamado á nadie, que estamos solas, y puedes confiarme tu pena con libertad.

—Á V.! ¡ay! ¿á V. á quien yo mas que á nadie queria ocultar...?

—¿Peró el qué? ¿el qué? ¡nada me calles, nada me calles, Adriana!

—Pues bien: ya que Dios lo ha querido, lo sabrá V. todo. Además, ¿quién mejor que V. puede pensar.... puede buscar un medio para evitar ese duelo?

—¡Un duelo! peró ¿entre quién?

—Entre Rafael y Armando, madre mia.

—¡Mi hijo! ¡tu hermano! peró.... ¿estás cierta? ¿quién te ha dicho...?

—Yo misma lo oí, yo lo escuché hace poco de sus labios.

—¡Oh! explícate, explícate por Dios; ¿no ves que esta duda me mata?

—Anoche, cuando Rafael volvió acompañado de Carlos... V. no reparó... no pudo ver que su semblante estaba alterado.

—Tienes razon, nada sospeché. ¡Oh! ¿por qué Dios dejará ciegas á las madres, para que éstas no puedan leer el pensamiento en la frente de sus hijos?

—Yo comprendí que alguna idea extraña le dominaba, y le observé con inquietud.

—Sigue.

—Algunas palabras, algunas miradas que se cruzaron entre él y Carlos, me alarmaron mas aun, y queriendo saber la verdad salí en pos de ellos cuando dejaron el comedor.

—Es cierto; continúa.

—Ya sabe V. que la biblioteca comunica por una puerta vidriera con el cuarto de mi hermano.

—Sí.

—Á esa puerta me dirigí para poder escuchar cuanto hablaban.

—Y desde allí...?

—Desde allí oí que mañana al mediar el dia, deben encontrarse en la Cruz del Valle, que Carlos será el padrino, que llevarán armas y que....

—¡Oh, calla!

—Y que uno de los dos puede morir quizá, madre mia!

—No, no; eso es imposible, eso no puede ser: es preciso evitarlo.

—Sí, es preciso.

—Avisaremos á tu padre.

—¿Á mi padre?

—Sí, y él irá....

—Es que no sé qué secreto es el que impulsa á Armando á obrar así, y si vá mi padre serán dos contra uno, serán dos con él!

—¿Y qué me importa á mí ese hombre? ¿qué me importa, si mi hijo se salva?

—¡Oh! es que es preciso que se salven ambos.

—¡Ambos!

—Sí, ambos; porque yo amo á Armando, madre mia.

Un rayo que hubiera caido á sus piés no hubiera causado mas sorpresa á la pobre ciega, que la causaron aquellas solas palabras.

—¿Qué dices? preguntó con afán; ¿qué dices?

—¡Ay de mí! la verdad: yo amo á ese hombre.

Adriana, agobiada bajo el peso de su dolor,

inclinó la frente y lloró en silencio en el seno de su madre, que no la rechazó y que se limitó á llorar con ella.

—Vamos, un poco de valor, hija mia, dijo al fin: un poco de valor, y cuéntamelo todo: ¿quién tendrá mas derecho á tu confianza que tu madre? habla, dime: ¿dónde has conocido á ese hombre? ¿cuándo le has hablado? ¿por qué me has ocultado todo esto?

—Porque temia dar á V. un pesar; porque aguardaba tambien que Armando se presentase á pedir mi mano.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Es pobre.

—Nada importa; tu padre es rico, y él y yo solo queremos tu felicidad.

—Además....

—¿Qué?

—Yo no sé qué misterio hay en el pasado de Armando que le separa de mí.

—¿De tí?

—Él lo ha dicho, y él no sabe mentir: es noble, es leal, madre mia: su corazon generoso y grande me ama, estoy segura de ello; pero hay, sin duda un secreto que abre un abismo entre los dos. Acaso su familia fué enemiga de la nuestra en otro tiempo; acaso él ha recibido la triste herencia de vengar antiguos agravios. Sea de ello lo que quiera, él me ama, yo no puedo dudar: me ama y sufre, y yo soy desgraciada, y ese terrible duelo aumentará nuestra amargura.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á UN JÓVEN POETA.

Mal sientan en tus labios juveniles
La burla y el sarcasmo:
¡No que alientes el mal, que lo aniquiles
Te manda tu entusiasmo!

Conozco tu amargura, á tu despecho
Claras disculpas hallo;
Mas.... tambien tengo un áspid en el pecho
Y, como tú, no estallo!

¡Si supieras, de muertos y de vivos,
Cuántos enconos tuve!...
¡Pasaron ya, pasaron fugitivos,
Cual sombras de una nube!...

Triunfé del mal; y si antes de mi labio
Brotaba acerbo encono,
Hoy disculpo y olvido todo agravio
¡Y en vez de herir, perdono!...

Es mi deber y el tuyo ¡es el de todos!....
Si en vengar una herida
Hay nobleza y valor, de todos modos
Mas grande es quien la olvida!

No aborrecen las aves á los hombres
Aunque les mueven guerra...
¡Como las aves, canta y no te asombres
De nada en la tierra!

Da el árbol alimento y hospedaje
Al infeliz labriego;
¡Y él derriba su tronco y su ramaje
Para arrojarlo al fuego!...

¿Qué aguardas de la tierra ó qué ambicionas?
Todo en ella es falsia:
Sus halagos, sus triunfos, sus coronas,
No duran lo que un dia!

¡Sigue sembrando amor y haciendo bienes!
No tema tu heroismo
Ni ingratitude, ni engaño, ni desdenes,
¡Abortos del abismo!

Al alma prevenida el mal no hiere
Ni amedrentarla alcanza....
El alma triunfa cuando todo muere
Y el alma es la esperanza!...

¡Que un baluarte en la lucha nos derribe
La suerte, no es bastante!
¡Mengua es temblar!... En tu bandera escribe:
¡Adelante, adelante!

Hacen envejecer los desengaños
De una fatal estrella;
Mas no envejece el alma con los años,
¡Ni hay muerte para ella!

Muere el barro no mas; cuando á la altura
El ánima se eleva,
Deja el dolor y encuentra la ventura
Tras la mundana prueba....

Muere el barro... ¿Y al alma que le importan
Las iras de la muerte?
Si ellas las penas del vivir le acortan
¡Hasta morir es suerte!...

Es el amor un cielo de ventura
Y de esperanza grata,
Y el odio abismo que en su sombra oscura
Todo lo envuelve y mata.

¡Ser bueno es ser feliz!... Del heroismo
Aspira á la corona,
Y, para estar en paz contigo mismo,
En vez de herir, perdona!

J. A. Soffia.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«Poco tiempo habia pasado de su salida cuando la ví volver á entrar con la contrariedad y el disgusto retratado en el semblante.

—¿Qué noticias tienes? la pregunté: ¿has hablado á mi madre?

—¡Ay, señorita! me contestó: no, no la he visto.

—Y por qué has vuelto?

—Por qué tenemos que renunciar por ahora á esa esperanza.

—Pues qué hay?

—Qué sus padres de V. han salido de Madrid.

—Es posible?

—No solo posible, si no cierto.

—Y dónde han ido?

—Eso es lo que no puedo decir.

—Cómo?

—Verá V.: yo salí de aquí, y me fuí derecha á la calle en que habitaban, con intencion de ver si podia preguntar á alguno y así saber....

—Sigue.

—Al fijar mis ojos en los balcones de la casa, noté con sorpresa que estaban cerrados, y con todas las señales de no habitar nadie allí.

—Y bien?

—Me resolví á dirigirme á la portera, y á saber por ella á qué atenerme.

—Y te dijo?...

—Que los señores del cuarto segundo habian abandonado la corte para dirigirse á una de las capitales de provincia, y pasar allí una larga temporada, ó acaso para fijarse en ella.

—¿Y no pudiste averiguar...?

—La portera es habladora como todas las de su clase, y supe que sus padres de V., afligidos por la desgracia de su hija, y queriendo huir de los recuerdos y de las murmuraciones del vulgo, que llegaban cada dia á sus oídos y amargaban su corazon, llenándoles de vergüenza, se iban á refugiar fuera de la corte donde nadie les conociese y donde nadie fuera á hablarles de V.

—¡Dios mio!

—Por eso no han querido decir el punto que han escogido para fijar su residencia, y aquella mujer, como todos, lo ignora completamente, pues solo Águeda, la fiel criada de sus padres de V., es la que lo sabe, y la que les acompaña únicamente.

«Esta noticia me llenó de pesar, y mayor hubiera sido aun si Rosa no hubiera callado, al darme estas noticias, la de que mi madre estaba enferma, y el mal estado de su salud habia influido mucho en aquel repentino viaje.

«Con esta nueva mi espíritu sufrió una terrible decepcion: mi esperanza volvió otra vez á convertirse en humo, y me hallé sola luchando con el infortunio, que no solo afligia mi alma con penas sin fin, sino que gastaba mi naturaleza con el trabajo y las privaciones.

«Rosa me consolaba cuanto podia.

«Aquella excelente mujer, buena hasta el extremo para mí, se imponia toda clase de sacrificios por hacerme la vida menos penosa, y con su abnegacion y su bondad encontraba medios de que mi Elena y yo no careciéramos de lo necesario.

«Ella no poseia las dotes del talento, pero poseia las del corazon.

«Sin instruccion, sin ciencia, sabia el arte de derramar un bálsamo suave en mi espíritu, habiéndome sin cesar de otra vida, de otro mundo, de Dios.

«Así, llorando y trabajando yo, trabajando y alentándome ella, y mi hija sonriendo, pasamos algún tiempo mas.

«Rosa, sin decirme nada de ello, habia procurado adquirir noticias de Héctor, y habia sabido que éste, furioso en los primeros dias de mi desaparicion, habia hecho algunos esfuerzos para encontrarme, creyendo al fin que me hallaba al lado de mis padres.

«La ausencia de estos contribuyó sin duda á este error, y mi esposo, desorientado de tal modo, no habia podido dar con mi retiro.

«Pero poco á poco su afan se habia ido calmado, y habia concluido por seguir su género de vida, acompañado de Williams, que no le dejaba un punto.

«Rosa supo tambien, no sé por qué conducto, que habia perdido al juego sumas considerables, y que se preparaba á emprender un viaje á Londres, en el cual iba á acompañarle Wamprey.

«Al saber todo esto, me estremecí.

«¿Á dónde le conduciría aquel hombre que habia causado su perdicion? ¿Hasta qué profundidad del abismo le arrojaría aquel miserable, en cuyas manos se encontraba?

«Yo no podia medirlo, y sin embargo, me aterraba, porque Héctor era al fin el padre de mi hija.

«Al cabo de algunos dias, Rosa me participó que ya podia dejar mi larga reclusion, puesto que el temor de encontrar á Héctor habia cesa-

»do porque este habia partido con su amigo, y con otras dos personas que no supo nombrarme, con direccion á Inglaterra.

»Aquellas dos personas eran, sin duda, Miss Alicia y su padre, á quien acaso iban á enganar villanamente.

Aquella noticia llenó mi alma de dolor.

»Desde aquel dia, sin embargo, mi vida material no fué tan penosa, pues no tuve que ocultarme con tanta insistencia como antes, y esto me facilitó mas trabajo y mas medios de subsistir.

»Mi hija crecía entretanto.

»Era hermosa como una alborada de mayo, y sus dulces sonrisas eran el encanto de mi alma.

»Oyendo el nombre de madre pronunciado por sus inocentes labios, recibiendo sus puras caricias, el sol de la dicha iluminaba mi alma, y la alegría llenaba un instante mi corazón.

»¡Oh! aunque todos me habian abandonado, aunque todo me faltase en la tierra, ya no estaba sola: tenia quien me amase, tenia por quien velar.

»Mi Elena, mi hija, era mi ángel de salvacion; era la luz de mi esperanza, era el alma de mi vida.

»Todas las penas de mi pasado, todas las nieblas de mi porvenir, se disipaban con una mirada de aquella niña, por cuya ventura hubiera dado gustosa mi sangre.

»Cuando la veia jugar risueña á mi lado, cuando de noche sentada sobre mis rodillas, la escuchaba rezar invocando á Dios, me figuraba que los ángeles no podian dejar de oír aquel acento tan amado, y que todos bajaban del cielo, llamados por ella, para protejernos y velar por nosotros.

»¡Oh! las santas alegrías de una madre son tan inmensas y tan puras, que el aliento del mundo no puede destruirlas ni empañarlas por un instante.

»Rosa tambien adoraba á Elena.

»Á veces por satisfacer uno de sus caprichos, pasaba horas enteras afanada y entregada á rudos trabajos.

»Á veces, por comprarla un traje, un juguete que habia deseado, se imponia grandes sacrificios, y se privaba hasta de lo necesario.

»Y cuando yo la reñia dulcemente por esta conducta,

—»Déjeme V., señora, decia; la niña es mi ahijada, yo la amo con toda mi alma y ella forma mi sola alegría: cuando la veo contenta me creo la mas feliz de las criaturas, y cuando sé que me quiere me siento recompensada de todos mis trabajos en este mundo.

»Estas palabras arrancaban á mis ojos lágrimas de gratitud, y doblaban mi cariño hacia aquella mujer, que habia sido una segunda Providencia para mí.

»Por desgracia, el cielo quiso privarme de aquel consuelo, y Rosa, vencida por el exceso de la fatiga y el afán, cayó postrada con una enfermedad mortal.

»Oh! Dios solo sabe cuanta fué mi aflicción al ver próxima á morir á aquella pobre mujer tan buena, y llena de abnegación para mí.

»Con el cariño de una hija vele junto á ella, é hice desesperados esfuerzos por arrancarla de manos de la enfermedad.

»Pero ¡ay! todo fué inútil! la muerte venció en aquella lucha, y me encontré sola y sin apoyo!

»La falta de Rosa fué para mí una verdadera desgracia.

»Sin ella me iba á ver privada de un auxiliar poderoso para vivir, y para educar á mi hija.

»Pero el pensamiento de esta me dió valor, y con mas fuerzas de voluntad que la que yo misma esperaba de mí, me resolví á hacer frente al destino.

»Busque una habitacion donde poder trasladarme, pues aquella me causaba espanto, y una vez hallada, me instalé en ella con mi Elena, trabajando yo sola para las dos.

»Allí pasé algunos años, en los cuales no me faltó el amparo de Dios.

»Aunque pasaba mis dias y parte de mis noches entregada á una continua tarea, aun me quedaba tiempo para consagrarlo á la educacion de mi hija.

»Esta era ya una hermosa niña inteligente, bondadosa y dulce, que me pagaba con su amor mis horas de afán y mis dias de sacrificio.

»Como mi piano era el único mueble que me recordaba otros dias, pasaba tocando en él algunos momentos, única distracción que me era permitida. Elena gustaba mucho de la música, y empecé á darle algunas lecciones que ella aprovechaba admirablemente.

»Oh! si en medio de la desgracia hay gozes, si pueden olvidarse los grandes infortunios, yo era dichosa oyendo á mi hija; yo era feliz viéndola.

»Mi vida era un desierto, pero tambien en los desiertos hay ocultos manantiales que humedecen los labios del viajero, y que le refrijeran un instante.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.